



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

# Agora

DE PAPEL

# El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 24 DE SEPTIEMBRE DE 2023

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

## Cuando sale el sol

LA TRANSFORMACIÓN DEL VINO  
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Recogí a mi amigo Bernardo en la esquina del café La Rosa, ahí donde solemos encontrarnos los lunes, cuando cae la tarde, en una hora de charla para comentar las novedades familiares. Pero ese día era sábado y llegué en mi Lamborghini Urus de cinco millones de pesos. A Bernardo siempre le ha causado gracia que lo hubiese escogido color amarillo. Él habría preferido uno de tono rojo flama.

Conduje por Lázaro Cárdenas hacia el sur, cortamos camino en Río Nazas, cruzamos Garza Sada y seguimos hasta encontrar Revolución. Ahí doblé a la derecha y dos kilómetros más adelante arribamos al Infierno Men's Club. Dejé que el valet parquin estacionara el auto. Esos jóvenes disfrutaban de subirse a mi auto, acomodar el asiento de piel, mirar el tablero electrónico, poner la mano en la caja de cambios y por unos cuantos metros, pisar el acelerador y sentir el poder de la máquina V8 biturbo del carro, apenas ande a veinte kilómetros por hora.

Llegamos a las puertas de metal. El portero nos abrió el paso y sentimos el cambio de aire, del verano infernal en la calle a cuarenta y cinco grados centígrados, bajo el sol de Monterrey, al ambiente climatizado del lugar, a veintidós grados. Pasamos tras una cortina y lo primero que llamó nuestra atención fue el brillo de las pantallas planas de televisión, de setenta y siete pulgadas, con procesadores neurales quantum, colgadas en las paredes: transmitiendo juegos de fútbol de la Champions League, mientras en el centro del salón, sobre la pista de baile, tres mujeres desnudas, como pájaros exóticos, realizaban acrobacias. De tal magnitud era la belleza de ellas que, al verlas, Bernardo me dijo: "Vamos a terminar lamiendo hasta los tubos de esa pista".

Pedimos un par de cervezas viendo el espectáculo. Luego otro par... y otro. Permanecimos sordos, quietos, escuchando la música a todo volumen reventando las paredes, viendo bailar arabescos prohibidos a las tres jóvenes. Hasta que comenzó a escucharse "Only Girl", de Rhianna; entonces las chicas bajaron por las escalinatas con sus atuendos diminutos en las manos. Por los altavoces se interrumpió la música y comenzó a escucharse la voz del DJ pidiendo a todas las bailarinas presentes que subieran a la pista. El desfile arrancó. Una por una fue subiendo y tomando su lugar. Por primera vez en la vida, a mis cincuenta y cinco años, comprendí, humanamente, lo humillante que puede resultar para algunas de ellas descender de la pista sin haber conseguido un cliente.

Arriba: orgullosas, fingiendo indiferencia. Quietas como ganado, listas para la venta. Algunas corroidas por el odio



cuando lo que ofrecen, aquello de lo que más orgullosas se sienten en el universo: la belleza de su cuerpo: es pasada de largo. El DJ anunció que el baile privado de cuatro minutos costaba ochocientos pesos y el de diez minutos, mil doscientos.

Mi lástima fue aplastada por el deseo: vislumbré entre la veintena de jóvenes, bajo las brillantes luces blancas que brotaban del techo, a una chica de dieciocho años, un diamante rosa de ensueño, escalando la plataforma: un cisne de oro bronceado, nadando aguas adentro, bajo la oscuridad de la noche artificial: carne y sangre bajo la piel más envidiable del universo.

Llamé al mesero. "Se llama Taylor", me dijo al oído. "Sígale". Fui detrás de él por el vericuetado de mesas y espejos. Al arribar a la escalinata, logramos alcanzarla. El joven levantó la mano y señalándola con el dedo: la hizo venir. Ella me condujo por otras escaleras. En el segundo piso había un hombre con una cajita metálica de cobro. Pagué por adelantado. Entramos en la segunda cabina. Corrió la cortina y me dijo al oído, tocándome los hombros: "¿Vas a querer servicio o solo el baile?", "¿qué incluye?", "oral y vaginal". Le entregué de mi cartera los cinco mil pesos.

"Póntelo", me dijo regalándome un condón. El bit de la música golpeaba a ciento cuarenta pulsos por minuto. Mi corazón sangraba más rápido. Comenzó sentándose arriba de mí, mostrándose su espalda morena, sobando su sexo sobre el mío en movimientos circulares. Eso que estaba viviendo, hacía años que no lo vivía.

Hizo todo el esfuerzo posible; pero fue imposible para mí. El faro del comer-

cio jamás se irguió. No puedo creer que tres cervezas fueran suficientes para que la vida me demostrara que me estoy poniendo viejo. Nada extraño más de mi juventud. Podría sacrificar mi dinero y todos mis lujos, por vivir de nuevo esa vitalidad antigua.

Desconsolado, en casa, le rogué a Dios que me dijera algo. En mi mente, una sola frase apareció: "Estiércol de antaño". Terminé por derrumbarme, atravesado en el orgullo: pensé en el dñeral que gasté. Y entonces, el cuarto se llenó de un estruendo y escuché una voz que me decía: "Por ti convertiré el estiércol en oro".

LA RUECA DE LA VIDA  
OLGA DE LEÓN G.

Ella soñaba con cosas tan diferentes a las que veía y vivía a diario. Pensaba que todo era cuestión de esperar a que creciera un poco más. Que se pasaran esos días de monotonía y aburrimiento, cuando no de preocupaciones por lo que pasaba en su casa... Quién le diría que eso que tanto la agobió de niña, solo fueron nimiedades.

Fue mucho tiempo después, cuando contaba con algo más de treinta años, que una noticia en los periódicos la hizo recordar el día en que ella creció y maduró antes de tiempo, la vida adulta la sorprendió demasiado pronto. Y, no obstante, la niña permaneció intacta en su memoria y en su corazón. Andrea no se amargó, no culpó a nadie de lo sucedido, simplemente, asumió que el mal puede aparecer en cualquier parte y a toda hora: de día o de noche.

Pero, esa tarde se estremeció, de pies a cabeza, al sentir como el tiempo podía volver y revivir lo pasado. Se levantó del

sillón donde estaba sentada, esperando ser atendida por el ginecólogo, algo desesperada por el retraso en la atención, pues vio que el reloj en la pared marcaba las doce con cuarenta y cinco minutos, y su cita era a las doce del mediodía... ya no alcanzaría a comer antes de regresar a su trabajo.

Unas amigas le habían recomendado mucho a ese médico, como una eminencia en casos difíciles... ¿Sería ella un caso difícil para el embarazo?, qué le impedía procrear, siempre fue muy sana...

A Luis no le preocupaba, pensaba que un día, cuando estuviesen menos ansiosos y estresados, tendrían el hijo que tanto deseaban ambos; aún eran jóvenes y seguían creciendo económicamente, sentimentalmente como pareja y profesionalmente en lo individual.

Por fin, escuchó su nombre en voz de la asistente y secretaria. Se dirigió a la puerta que le indicó la señorita y tocó suavemente. Una voz suave y firme, a la vez, dijo, pase:

Andrea se quedó inmóvil tras pasar el dintel del marco de la puerta. El hombre sentado detrás del escritorio, aunque con casi veinte años más, con el cabello entre cano dados sus casi cincuenta años, era el mismo, sí. No tenía dudas, esos ojos pardos jamás los olvidó, por años asaltaron sus sueños y la mantenían aterrorizada en medio de la noche.

Él ni se inmutó, ¿la reconocería?, tal vez no en primera instancia, pues casi ni la vio, por estar atendiendo al monitor de su ordenador, donde tenía el expediente que ella misma le envió.

Hasta que se detuvo en la parte donde ella describía el evento aquel que la transformó brutalmente en mujer, a los trece años... Dato que ella quiso añadir para preguntarle al ginecólogo que ahora veía, si algo así podía mantenerla traumatada y ser causa de su infertilidad. Entonces, levantó la vista y no pudo decir nada. Quiso ocultar su cara; pero, ¿dónde?

Una noche de parranda y de apostar a su virilidad, alcoholizado e impulsado por los tres amigos que lo acompañaban, causaron un daño físico y moral en la mujer que tenía enfrente y que jamás pensó que volvería a ver.

Avergonzado, solo pudo balbucear. ¡Perdón!, yo nunca me lo perdoné y siempre he cargado con esa terrible experiencia, ¡perdón! Tampoco yo tengo hijos, y no sé por qué, pero no puedo embarazarme a mi mujer, quince años de casados y aún no tenemos un hijo.

Acto seguido, tras levantarse para pedirle perdón a la joven que fue a consulta, se dejó caer en el sillón detrás de su escritorio y hundió su rostro entre sus manos.

Andrea salió del consultorio, sin pagar la cuenta por la consulta. Una consulta que le sanó el alma.



**Françoise Sagan**

(Seudónimo literario de Françoise Quoirez; Cajarc, Lot, 1935 - Honfleur, Normandía, 2004) Escritora francesa, icono entre los intelectuales de los años cincuenta y sesenta. Su primera novela, *Bonjour tristesse* (1954), la hizo famosa en pocas semanas y por ella obtuvo el codiciado Prix des Critiques. Esta historia de una adolescente privilegiada con opiniones precoces acerca del amor, el sexo y los códigos morales al uso fue llevada en 1958 a la gran pantalla por el realizador Otto Preminger, con Jean Seberg, Deborah Kerr y David Niven como personajes principales. En aquella época, consciente ya de que su vida desenfadada la llevaba a una prematura decrepitud, la autora se sometió a varias curas de desintoxicación. Sin embargo, no tardaría mucho en volver a las andadas.

Con su segunda obra, *Un certain sourire* (1956), la joven novelista confirmaba las esperanzas que había suscitado. Al relatar la historia de una joven que se enamoró de un caballero casado, de edad suficiente para haber sido su padre, dio muestras, por segunda vez, de una maestría literaria asombrosa, a pesar de graves defectos en la concepción de sus personajes y en el desarrollo de la trama. Su estilo narrativo, personalísimo, no conocía prejuicios. A los 20 años, Françoise Sagan gozaba de una fama que ningún novelista había alcanzado a aquella edad.

Sagan siguió publicando no sólo novelas, sino también obras de teatro, desde que en 1960 se estrenara en este género con *Château en Suède*, que supuso en su carrera teatral el equivalente de *Bonjour tristesse* en la ficción y que se representó en el teatro L'Atelier. Aquel año inició su colaboración en L'Express y se ganó la animadversión del gobierno francés por su militancia («por razones humanitarias») contra la tortura en Argelia. Otras de sus obras teatrales fueron *Il fait beau jour et nuit* (1978), *Le chien couchant* (1980) y *L'excess contraire* (1987).

Antes de retirarse por incapacidad, aún escribió varias novelas, algunas de las cuales tuvieron más éxito de ventas por el nombre de la autora que por su calidad literaria: *La laisse* (1989), *Un orange immobile* (1989), *Les faux-fuyants* (1991), *Un chagrin de passage* (1993) y, finalmente, *Le miroir égaré* (1996), un triángulo amoroso y disonante entre una viuda millonaria y una joven pareja de intelectuales.

En 1996 publicó *Derrière l'épaule*, en el que traza una mirada crítica sobre su vida, a pesar de que en 1993 había publicado en Francia *Et toute ma sympathie*, obra que ya fue considerada como su primer libro de memorias. El segundo lo publicó en 2001 con el título *Aimez-vous Sagan?*. En 2002 prologó todavía una edición de la Correspondencia amorosa de George Sand y Alfred de Musset.

Sagan pasó los últimos años de su vida enferma y arruinada. Decía así que sus libros hablaban sobre todo de la soledad y de la manera, si existe, de «desembarazarse de ella».

*ad pèdem literae*

*O se aprende educación en la propia casa o el mundo la enseña con el látigo, y nos podemos hacer daño*

Francis Scott Fitzgerald

Letras de buen humor

*Me aburren los ateos: siempre están hablando de Dios*

Heinrich Böll

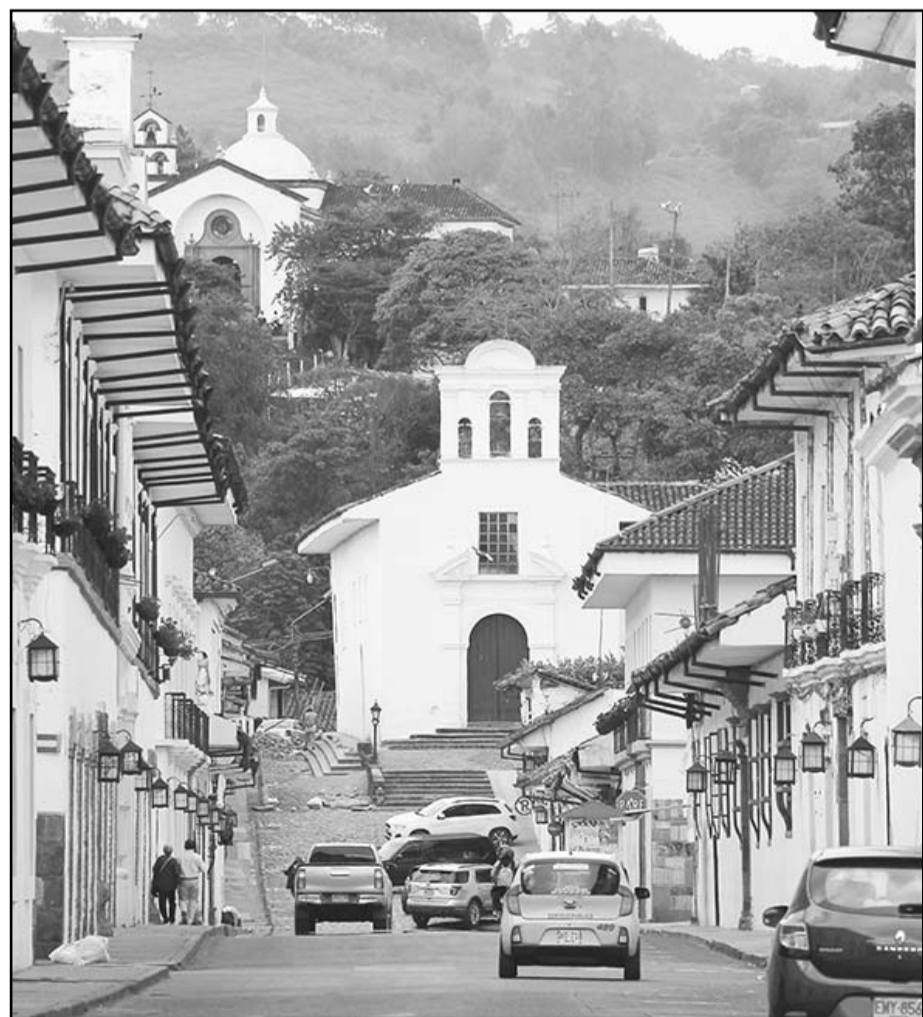
Mónica Lavín

## Placeres sagrados en Popayán

A Popayán la llaman La Ciudad blanca, es una de las más antiguas de Colombia y de América, pues fue fundada en 1537, un temblor destruyó el casco antiguo en 1983, que una década después fue reconstruido. Era Jueves Santo y mucha gente murió dentro de la iglesia porque la Semana Santa es uno de los momentos más concurridos de esta bella ciudad de aleros que detienen la lluvia y muros que presumen su enclavada vestidura. Popayán, denominada por la UNESCO Ciudad de la Gastronomía, es la sede de un Festival que toma las plazas con sus Tarimas del Saber y Tarimas del Sabor y de un Congreso Gastronómico donde se intercambian ideas y experiencias. Estuve invitada en su 21 edición para hablar de Sor Juana y de comida conventual en México, en conversación con el escritor colombiano-español Antonio María Flórez, pero sobre todo para asombrarme con los saberes y sabores de los anfitriones y los invitados. Enrique González Ayerbe preside el festival que nos recibió con una muestra de las cocinas de cada una de las provincias del Cauca y Ana Mercedes Vivas estuvo a cargo de la congregación donde escuchamos sobre sustentabilidad, sobre la recuperación del cacao, la nutrición sostenible. Vimos con los estudiantes de Comunicación el documental de Jorge Prior, *¿Qué sueñan las cabras?*, donde el pastoreo trashumante de las cabras en la mixteca remata con un mole de caderas que es celebración en Puebla y Oaxaca. Almudena Villegas, experta en historia

de la gastronomía, llegó desde su natal Córdoba en España para hablar de la cocina de los conventos españoles. Escuchamos sobre circularidad en el campo, en la pesca y en la cocina y las experiencias de cocineras y maestras del Perú, como María Zuñiga, Chori Agamez, portadora de la tradición local; o de la región Pacífico, como Julia Vivas, quien nos recibió en el aeropuerto con un paqueto de cocada elaborada a la manera de su comunidad. También nos reveló que ella era hija de pescador y que de su madre había aprendido la cocina, pues ella preparaba comida para los pescadores. Desde la costa, Julia ha llevado a la capital el restaurante Cocina Pacífica Bogotá.

En Popayán, además de la amabilidad, bajo la claridad de los cielos del valle entre cordilleras, corría el orgullo de lo local (entre aplanchados, champús y salpicones), la batalla contra las heridas y cicatrices de la violencia que han vivido. Supe de esfuerzos loables por hacer con la coca otro tipo de productos en la iniciativa Coca para la paz. O el muy interesante proyecto de Caficauca de cosecha y beneficio del café por mujeres o por quienes han sustituido los cultivos ilegales por un café de altura que lleva el nombre de Valientes. Kaphiyk es la marca de la cooperativa cuyo lema abre mis días: La paz comienza con un café. Ese café que degustamos en el foyer del teatro Guillermo Valencia, sede del congreso, me acompaña mientras escribo estas líneas. Las pláticas de los expertos



remataron con muestras culinarias donde la inventiva de los chefs se lucía para un gran número de comensales. En esas mesas, Leandro Carvajal y Juan David Giraldo, de enorme energía creativa y simpatía, nos compartieron que desde hace tiempo maridan la literatura con la gastronomía en eventos singulares que han formado parte de la Feria del Libro de Bogotá.

Aunque San Cristóbal de las Casas fue la ciudad invitada, quien realmente

deslumbró fue el chef Camilo Romero Cadena, de Popayán, con su propuesta Placeres sagrados, aderezada por un coro con tónicas de monjes que desplegaron su canto entre las mesas. Combinaciones delicadas y memorables se posaban en nuestros platos para desaparecer con gran velocidad dejando agrado en el ánimo, cordialidad en el paladar y asombro en el espíritu.

Larga vida a la cita de los saberes y sabores en la memorable Popayán.